



JOSÉ IBARROLA

mos años, y al calor de eso que hemos dado en llamar globalización, las grandes empresas transnacionales de la alimentación han movido sus peones con notable inteligencia y no menos notable falta de escrúpulos, como lo testimonian, por cierto, muchas de las políticas proteccionistas que siguen aplicando Estados Unidos y la Unión Europea. Han conseguido imponer en muchos lugares sus semillas y obligar a agricultores exhaustos a adquirirlas cada año. Han ido sus trayendo, por otra parte, elementos centrales del conocimiento agrícola tradicional para, en forma de patentes, impedir en los hechos su empleo por quienes eran los descendientes de los genuinos inventores. Pero, por encima de todo, y conforme a la regla general del sistema, las transnacionales que nos ocupan han empezado a elevar sensiblemente los precios de los productos, algo que se puede palpar, también, en los países ricos. El efecto final lo

tenemos –y valga la ironía terminológica– sobre la mesa: son muchos los habitantes del Sur del planeta que carecen de recursos para adquirir los alimentos más elementales, en un teatro en el que, merced al expolio ejercido por el sistema que padecemos, hace tiempo que los campesinos locales perdieron la posibilidad de producirlos. Si el escenario que acabamos de mal describir invita, claro, a la indignación, no otra cosa que ésta se impone a la hora de evaluar la reacción que empieza a despuntar en algunos de los gobiernos de los países ricos, y entre ellos el español. La respuesta no es otra que un incremento de las sumas destinadas a permitir la adquisición de alimentos por los países más acuciados por el problema (y ello cuando tal incremento se produce, toda vez que en el caso de Estados Unidos parece que las autoridades no contemplan en modo alguno semejante posibilidad, con lo cual, y en los hechos, la ayuda alimentaria que dis-

pensa la principal potencia del planeta se apresta a reducirse). El lector incauto se preguntará por qué lo anterior me parece indignante. La razón es, sin embargo, sencilla: nadie parece dispuesto a mover un dedo para poner freno a la rapiña asumida por las grandes empresas transnacionales, beneficiarias directas, una vez más, de las ayudas mentadas, que se destinarán a comprar alimentos que se pagarán a los precios fijados por aquéllas. La trastienda conceptual de semejante inacción no es otra que la que proporciona la idea de que las reglas del mercado son sacrosantas, incluso en aquellos casos en los que es fácil certificar que colocan en las puertas de la muerte a muchos seres humanos...

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.



Leopoldo, el patito feo (o cisne, según se mire)

FERNANDO JÁUREGUI



Los periodistas de mi generación somos un poco hijos de Leopoldo Calvo-Sotelo, aunque estoy seguro de que a él no le gustaría que se dijese una cosa así. No era este ex presidente del gobierno hierático, cáustico, culto, con un sentido del humor pleno de retrancas lucenses, persona muy de formar grupos ni de crear escuelas. El era él y, como mucho, sus circunstancias. Un día le dije que lo admiraba por haber tenido el valor de llevar a cabo el juicio contra los golpistas del 23-F y me miró como si le hubiese alabado por haber bajado del monte con las tablas de la ley. Las alharacas no iban con él. No es que fuese antipático: es que era leopoldiano, especial, distante hasta que le llegabas al cuerpo a cuerpo, y entonces te sorprendía con la coña marinera de Ribadeo. Pienso que fue un presidente atípico por varias razones: no llegó a la cúspide a los cuarenta, como su antecesor y sus sucesores; tenía un bagaje cultural y político más amplio que los demás presidentes del gobierno de la democracia, pero le faltaba el populismo y la cercanía de los otros. Pilotaba el barco erróneo, que era la UCD, que hacía agua por babor, estribor, popa y proa. Decía que tocaba el piano y que entendía el alemán, cosa inaudita en el club que forman (formaban) los cinco que han pasado por el despacho principal de La Moncloa hasta el momento. Metió en la cárcel a Tejero –lo que no era empresa baladí en el momento en el que se hizo y, con la misma falta de alharacas, metió a España en la OTAN. Si le dejan, nos mete también en la



LA VERDAD

«Un día le dije que lo admiraba por haber tenido el valor de llevar a cabo el juicio contra los golpistas del 23-F»

Comunidad Europea, pero esa era misión reservada a Felipe González.

Con gentes como Leopoldo se hizo la transición, que no fue mala cosa. Lo que ocurre es que no se daba demasiada importancia y, si se la daba, era en sentido equivocado. Juro que a mí sí me ocurrió lo que otros cuentan y no estoy seguro de que les sucediese: un día, viniendo Calvo-Sotelo por un pasillo, le guardé abierta la puerta del ascensor en el que ambos debíamos bajar, en el Congreso.

–Veo que estás un poco cojo–, le dije, advirtiéndole que renqueaba algo.

Me miró como un entomólogo a un insecto, y me sentí aún más bajito.

–No estoy un poco cojo– me dijo secamente soy un poco cojo.

Y me despreció desde la inmensidad de los cielos. Nunca dos pisos de ascensor duraron tanto tiempo.

Era así: leopoldiano o calvosotelesco. Con él hemos perdido un buen pedazo de nosotros mismos. Nos ha dejado anécdotas gloriosas –impagable la de la caja fuerte de Presidencia, con los misterios de los servicios secretos legados por Suárez, que consistían en la combinación de la caja fuerte–, piezas maestras de ironía, memorias de lo cotidiano. Y el testimonio de esa generación que dio mucho, muchísimo, para que los españoles hoy seamos lo que somos: lean su biografía larguísima, plena de servicios y de acontecimientos y opinen ustedes mismos. La Historia, con mayúscula, tiene que incorporar desde hoy una nueva página, llena hasta los bordes con el nombre de Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo.

Accesos al instituto de El Bohío

Llegue al Instituto El Bohío en 1985; era un centro de Formación Profesional, con apenas 30 profesores, en la periferia de la ciudad y con accesos lamentables.

Dos vehículos no podían cruzarse en la calle, que sin aceras constituía un peligro para el alumnado cuando entraban los autobuses. Todos estos años, junto a la dirección del centro, hemos luchado por tener unos accesos dignos y acordes con los tiempos que vivimos.

Y por fin se consiguió una calle ancha con dos carriles de circulación, dársenas para que paren los autobuses, acera a ambos lados y un carril bici que simboliza, desde mi punto de vista, el objetivo de educación ambiental y ciudadana que siempre ha



OBRA. Ampliación del instituto de El Bohío, en 2002. / J.M.R. / AGM

caracterizado a nuestro centro. Sin embargo una vez conseguido esto, la calle vuelve a ser insuficiente para la circulación simultánea de un autobús y un coche en sentido contrario. Y esto es debido al hecho de que aunque la raya amarilla que se encuentra a lo largo de la calle prohíbe aparcar en toda ella, a diario está

ocupada por coches, y nuestro ayuntamiento no hace nada al respecto. La lucha de tantos años por tener unos accesos dignos se ha venido abajo por la mala educación vial de algunos conductores.

Pero como enseñante y educador lo que me parece más grave es el mal ejemplo que se da a

nuestros alumnos por parte de esos conductores que en su mayoría son profesores y profesoras del Centro.

José Luis Sánchez Méndez
CARTAGENA

Gracias a La Ermita

Como padres de una alumna de la escuela infantil La Ermita queremos expresar en estas líneas la gratitud, y la enorme satisfacción y tranquilidad que hemos sentido durante el periodo que ha permanecido nuestra hija Lucía al cuidado de esas magníficas profesionales que componen la plantilla de la citada escuela en todos sus ámbitos, a saber (seguro faltará alguien): Leli, Fina, Chelo, Lucre, Mariana, Merche, Antonia.

Y, por supuesto, a Matilde, que supone para Lucía algo mucho

más importante que la persona que la acompaña durante unas horas al día, dándole cariño y poniéndola en su sitio cuando corresponde. Para siempre gracias Matilde.

Por último quisiera hacer hincapié en el hecho de que la escuela sea pública, pues esto permite unos ratios de alumnos adecuados y unas magníficas instalaciones que huelga decir no resisten la más mínima comparación con el sector privado.

Y es por esto que no debiera ser un privilegio en tanto en cuanto, todos los niños pudieran tener la misma oportunidad que nuestra hija. Os reitero el agradecimiento otra vez, y sabed que estos dos años siempre formarán parte de nuestra vida y nuestros recuerdos.

Álvaro López Gálvez
LA ALBERCA (MURCIA)